

Habitar con otros. Entre el cielo y la tierra

Beverly Hernández

Instituto de Desarrollo Experimental de la Construcción (IDEC). FAU UCV.
beverlyhernandez@gmail.com

Alejandra González

Instituto de Desarrollo Experimental de la Construcción (IDEC). FAU UCV.
alejandragonzalezvasquez@gmail.com

Resumen

Habitar es un término que se ha trabajado extensamente sin agotarse aún, al menos en el ámbito de la arquitectura. Según Martin Heidegger, habitar abarca una totalidad entre cuatro elementos: los mortales, la tierra, el cielo y los divinos, su famoso término de Cuaternidad. El hecho de habitar de los mortales en la tierra, implica permanecer en ella y cuidarla a su vez, en tanto nos enfrentamos a la intemperie del cielo esperando a las divinidades. Esta noción de habitar ha estado muy relacionada con la arquitectura y su estudio ha promovido reflexiones importantes en esta área. En este sentido, es objeto de este trabajo, como avance parcial de una investigación doctoral, presentar una aproximación al concepto del habitar en un contexto urbano con base en los planteamientos de Heidegger y su Cuaternidad, a través de ciertas características esbozadas, enfocando este modo de habitar como propio de las ciudades modernas tecnificadas o metrópolis. Posteriormente se pretende particularizar la forma de habitar dentro de la unidad de vivienda agrupada verticalmente llamada apartamento, la cual pertenece a un tipo de edificación característica de las ciudades, como son los edificios residenciales o lo que conocemos como viviendas multifamiliares. Este modo de habitar urbano y el habitar en altura, en conjunto, puede ser ya reconocible como un estilo de vida del habitante de dichas ciudades modernas (citadino), y debe ser insumo para promover la reflexión en cuanto a las relaciones entre el sujeto y su entorno y para, finalmente, respaldar una práctica arquitectónica cónsona entre lo imaginado y lo ejecutado.

Palabras clave: Teoría y proyectación arquitectónica; habitar, habitar urbano, Cuaternidad, vivienda multifamiliar, entornos urbanos.

El habitar de Heidegger

Con un término tan estudiado como lo es *habitar* no queda más que empezar desde su etimología para acordar un punto de partida de las siguientes líneas. De origen latino, *habitare* es el verbo frecuentativo de *habere* (tener) que significa vivir, morar. Esta característica gramatical¹ le confiere la repetición reiterada de la acción, es decir, que podríamos entenderlo como tener de manera reiterada, vivir o morar de manera reiterada. Si tienes un espacio, de manera reiterada, lo estarías habitando. Sin embargo, la etimología de esta palabra y su significado, sólo podría tocar una superficie de temas mucho más estudiados en la arquitectura desde la noción epistemológica, filosófica, ontológica, psicológica, fenomenológica y una lista larga de mares de conocimientos y relaciones, razón por la cual se dará un breve vistazo a una visión particular de esta noción de habitar.

La visión que queremos destacar es la que nos ha proporcionado Martin Heidegger en su conocida conferencia del año 1951 en Darmstadt, titulada «*Construir, habitar, pensar*», una suerte de manifiesto donde expone su pensamiento sobre este término y su relación con los aspectos más básicos de los asuntos humanos, en un contexto de postguerra europeo, con un gran déficit habitacional y posterior a su retiro en «*Die Hütte*» (la cabaña)² aún en mente.

En el texto publicado de la conferencia, se puede apreciar que es importante no sólo definir habitar sino determinar de alguna manera qué tanto se relaciona con el construir, sin entrar en detalles de la técnica o la arquitectura en sí, sino ahondar en esta relación, cuál se produce primero, cuál es el fin de uno y de otro, si se producen como dos actividades separadas e independientes o si están enlazadas o si bien son la misma cosa.

En una primera instancia el habitar se presenta como la meta final del construir, tomando ambas actividades como separadas y además una supeditada a la otra; construyes para habitar. En este punto se deja claro que no puede ser tomado como un sinónimo de alojamiento exclusivamente, pues en el sinfín de construcciones que existen y nos albergan, (además de las viviendas), allí también habitamos. No obstante, se puede considerar el construir y el habitar no como dos actividades separadas, sino como una unidad, «*El construir es, en sí mismo, ya el habitar*» (Heidegger, 1951; p. 128). Heidegger se basa en la esencia del lenguaje como fuente dominante del hombre, y particularmente en su idioma, en donde construir («*Buan*», en antiguo alemán) significa habitar, permanecer, residir. Este verbo *Bauen* está también relacionado con el verbo ser (*Bin*: soy) y es allí donde se encuentra la relación directa a la misma cosa del yo soy al yo habito.

El modo como tú eres, yo soy, la manera según la cual los hombres somos en la tierra es el **Buan**, el habitar. (Heidegger, 1951; p. 129).

¹ «*En gramática, frecuentativo se refiere a un verbo que indica una acción que se produce por reiteración de una más simple. Así en los verbos frecuentativos se pueden formar del participio pasivo (indica algo que ha recibido la acción)*» (Anders, 2020).

² Heidegger se retiró por períodos de tiempo prolongados a su cabaña construida en madera en plena Selva Negra (*Todtnauberg*), desde 1922, y fue allí donde escribió gran parte de su obra, como «*Ser y Tiempo*».

Pero este mismo verbo (*Bauen*) también significa cultivar, cuidar y abrigar. De allí nace la idea de que construir es habitar, es ser esencialmente un humano estando en la tierra, habitándola, haciendo múltiples actividades en ella y entre esas actividades está también el cuidar de la misma tierra y edificando al mismo tiempo.

Heidegger nos resume su construir en estas tres concepciones:

- 1) Construir es propiamente habitar.
- 2) El habitar es la manera en que los mortales son en la tierra.
- 3) El construir como habitar se despliega en el construir que cuida, es decir: que cuida el crecimiento... y en el construir que levanta edificios.» (Heidegger, 1951; p. 130).

Y aunque parezca un juego de palabras y especificaciones semánticas, todo esto es el basamento de sus enunciados y su descripción de la llamada *Cuaternidad*, una unidad de cuatro elementos básicos en el mundo: **los mortales**, nosotros los humanos, los que no somos eternos, quienes estamos sobre y hacemos vida en **la tierra** (la habitamos y por ende la cuidamos y la construimos), la que nos sostiene y nos provee. Todo esto ocurre bajo **el cielo**, con sus astros, sus estrellas, su luz y oscuridad y sobre todo sus cambios que nos impactan. Allí en el cielo se encuentran **los divinos**, quienes adoptan la divinidad sin culto y se transfiguran en señales de su advenimiento.

Es así como, centrado en los mortales, describe a cada elemento sin desconocer la unidad. Los mortales habitan en la medida que:

- conducen a su esencia (ser capaces de su muerte),
- salvan la tierra,
- reciben el cielo,
- esperan a los divinos.

Este pensamiento entre el habitar y el construir que nos expone Heidegger se resume en tres enunciados que se reconocen en su texto:

- Construimos, edificamos porque ya habitamos: «*No habitamos porque hemos construido, sino que construimos y hemos construido en la medida en que habitamos, es decir, en cuanto que somos los que habitan*» (Heidegger, 1951; p. 130).
- El lugar no existe antes de la construcción: «*...no es el puente el que primero viene a estar en un lugar, sino que por el puente mismo, y sólo por él, surge un lugar*» (ibid.; p. 135).
- En el espacio nunca encontramos lugares. «*El espacio (...) puede ser abstraído a relaciones analítico-algebraicas. (...) A esto que las matemáticas han dispuesto podemos llamarlo "el" espacio. Pero "el" espacio en este sentido no contiene espacios ni plazas. En él no encontraremos nunca lugares,...*» (ibid.; p. 137).

Como era de esperarse, todo esto sostiene que así como en el lenguaje, en la acción y en las operaciones, habitar y construir están ligados a través del pensar, sobre todo en los aspectos más cotidianos e inevitables de la existencia humana. Este manifiesto escrito reconoce, tácitamente, un contexto natural como un escenario que propicia el contacto con la naturaleza, una reflexión necesaria de los mortales para conectarse con la esencia de su habitar, determinante en la concepción de nuestro estar aquí.

Modos de habitar

Tener el hábito de habitar es estar enmarcados por un modo particular de Habitar, pero también es tener el hábito de quebrar esos marcos, aunque sea de manera esporádica y muchas veces solo muy parcialmente. Tenemos el hábito; no somos prisioneros de ese hábito (Doberti, 2011; p. 44).

Ciertamente las ciudades y centros urbanos que invaden cada región de cada país en el mundo, ponen a prueba y contrastan a cada momento estos planteamientos de Heidegger, y si bien encuentran vigencia en la esencia de los mismos, se han tenido que adaptar a otras realidades diferentes a las vividas en la postguerra europea del siglo XX.

La relación que Heidegger traza entre los elementos de su Cuaternidad y la naturaleza es muy estrecha, en tanto habla de la tierra, el cielo, las señales de los divinos, e inclusive la mortalidad de los seres; valora en gran medida esta relación como parte de esa unidad. Hablar de Cuaternidad en diferentes contextos, como por ejemplo el urbano, implica revisar esta relación entre todos estos elementos y su entorno, y cómo las dinámicas del ambiente citadino afectan esa relación. Hoy en día, con el crecimiento de las ciudades hemos pasado de tener un espacio natural que contiene al espacio construido, a un espacio construido que contiene lo natural, privilegiando el contacto entre el asfalto, el concreto y el acero.

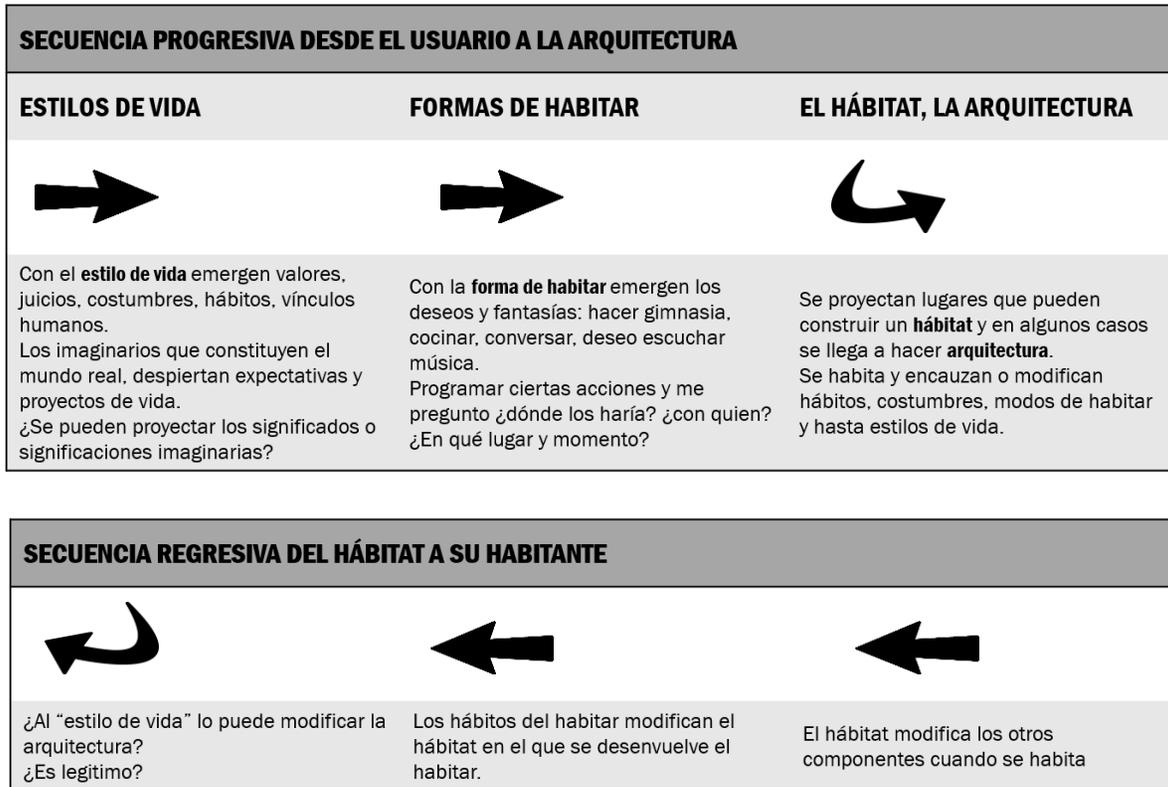
Sin embargo, también hay que destacar que la paleta de grises que se encuentran en el modo de habitar urbano puede ser muy amplia, pues podemos encontrar modos de habitar muy específicos e incluso diferentes dentro del entorno urbano que responden a la situación específica de un grupo, de una comunidad, de un entorno, o de cualquier otro elemento.

Habitar, formas de habitar, modos de habitar, formas de vida, estilos de vida, son algunas de las maneras como nos referimos a la forma en la que los mortales se conducen, cuidan, reciben y esperan. Para esto, Jorge Sarquis nos presenta algunas diferencias entre algunos de estos términos, a través de una secuencia progresiva por la que va pasando el habitante hasta su hábitat, y posteriormente una secuencia regresiva desde el hábitat hasta el habitante. (Ver tabla 1, en página siguiente).

Como podemos apreciar, Sarquis hace una diferenciación entre el estilo de vida, donde surgen los valores, juicios y costumbres, y las formas de habitar, donde surgen los deseos y fantasías, y cómo la arquitectura de alguna manera traduce todo esto para crear hábitats, que al permanecer en ellos y habitarlos, también pueden modificar esas formas de habitar y por ende los estilos de vida. De esta manera se comprende que es un círculo de interacción entre el habitante y su entorno.

En cuanto a la designación de dicho entorno, también aclararemos que, manteniendo el planteamiento de Heidegger en cuanto al espacio y lugar, el hábitat sería aquel conjunto de condiciones que conforman lugares que favorecen la vida, en este caso la vida humana.

Tabla 1: Secuencia progresiva y regresiva del habitante y su hábitat. (Sarquis, 2006; p. 19).



Es evidente entonces, que nuestro entorno nos puede definir y puede determinar nuestras acciones, la forma en cómo nos organizamos y hasta cómo percibimos nuestras realidades, lo que Bordieu llamó el *habitus* (Bourdieu, 1979) que son aquellos conjuntos de prácticas sistemáticas que producen hábitos que expresan las diferencias que los agentes perciben, interpretan, evalúan y funcionan como estilos de vida, y que además pueden ser aplicados por simple transferencia en un campo (entorno) determinado.

Para este momento podríamos aventurarnos a decir que, habiendo ya quedado claro *qué* es el habitar y su estrecha vinculación con el construir, quedaría pendiente *cómo* se ejecuta ese habitar. Entendiendo que cada elemento de la Cuaternidad forma parte de un sistema que relaciona cada elemento, que por sí solo es independiente, pero que afecta al resto, vemos cómo nosotros, los mortales, hemos tratado durante mucho tiempo de controlar a los dos primeros (mortales y tierra), interviniendo, regulando y hasta dominando sus formas, acciones, ciclos y demás, mientras que con los otros dos (divinos y cielo) nos hemos comportado más dóciles, sometiéndonos a sus cambios, reconociendo su trascendencia y sus fuerzas que nos sobrepasan.

Las diferencias en el modo de conducirnos en cada entorno, es decir, el modo de habitar, estará siempre influenciado por esos espacios que construimos, habitamos y pensamos, y finalmente los convertimos en nuestros lugares, una relación dependiente el uno del otro (sujeto y lugar).

Habitar urbano

Luego de la Revolución Industrial las ciudades cambiaron, se convirtieron en entes diferentes a las conocidas tradicionalmente, gracias a los cambios económicos, sociales, tecnológicos y espaciales que promovieron la movilidad espacial, la divulgación del conocimiento, la masificación de la instrucción, una explosión demográfica sobre todo de los centros urbanos y por consecuencia una expansión de los suburbios. A partir de ahí lo único que ha permanecido invariable ha sido el propio cambio, y cada ciudad importante siguió transformándose, de una ciudad industrial a una ciudad mecanizada, en donde la metrópoli se consolidó como la manifestación más explosiva de este tipo de ciudad. (Almandoz, 1993; p. 8)

En estas metrópolis la tecnología ha invadido, de hecho, hasta el día de hoy, cada rincón de nuestra existencia, transformando nuevamente las ciudades en *Tecnópolis*, donde la concentración tecnológica e industrial ha remodelado el paisaje, siguiendo una tendencia a ser cada vez más uniforme y racional, desapareciendo poco a poco las referencias culturales e históricas. Y aunque no todas las ciudades son metrópolis, si son metropolitanos los valores y el modo de vida de la modernidad, haciendo de este habitar urbano, el más expandido y globalizado hoy en día.

Para describir este habitar urbano tomaremos las palabras de Almandoz, quien nos explica que este pudiera ser descrito a través de ciertos síntomas como son: el desenraizamiento, el firmamento artificial o falta de cosmicidad, la desacralización del lar y la espera de la muerte.

El desenraizamiento

Una vez que todo el «*funcionalismo tecnocrata*» invadió nuestras ciudades desde lo más profundo, su racionalidad industrial condujo a estandarizar casi todos los aspectos de la vida cotidiana, lo que convenía perfectamente con el crecimiento que estaban viviendo las ciudades y la concentración que se producía en ellas, lo que condujo a la densificación, y obligaba a la reducción de la vivienda a sus componentes básicos y la verticalización de la misma, como un recurso del aprovechamiento del espacio cada vez más codiciado, así como por razones sanitarias y ambientales.

La verticalización de la vivienda, conformada por unidades de vivienda como células sociales agrupadas, lo que conocemos como edificios residenciales, se conformó como un elemento característico de la metrópoli y la moderna lógica urbana. Estas unidades de viviendas o casa urbana que conocemos como apartamento «... *condiciona una nueva forma del habitar, que es en definitiva, un nuevo modo del ser ciudadano.*» (Almandoz, 1993; p. 11) ya que, al estar suspendido en el aire, sin raíces en la tierra, va perdiendo su conexión con ella y genera una manera nueva de interpretar el mundo.

Una vez que las ciudades se consolidaron como centros urbanos, centros de la vida política, laboral, social, cultural y tecnológico, los suburbios se convirtieron en los márgenes opcionales para aquellos que, agobiados por esta vida convulsionada, buscaron la calma de lo no ciudadano, posiblemente con la esperanza de una vuelta a las raíces, al enraizamiento; pero al permanecer la vida en las ciudades, la búsqueda de la tranquilidad se hace infructuosa, al tener que mantener el contacto con el centro urbano permanentemente; en especial, por el aspecto laboral, que obliga a una movilidad constante y nuevamente agobiante, encontrando un nuevo lugar donde 'habitar'... el carro.

El firmamento artificial o falta de cosmicidad

En la casa (unifamiliar) el individuo se relaciona directamente con la tierra, la toca y está en contacto con ella y con los elementos naturales. En el apartamento, el individuo ya no está en contacto directo con la tierra, no la puede tocar. Está protegido de los elementos naturales y puede no estar en contacto con ellos. (Ver figura 1).

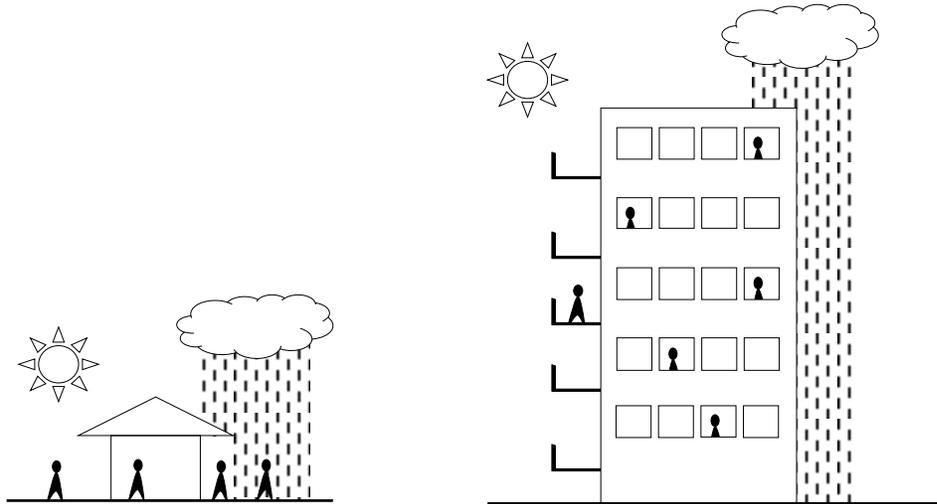


Figura 1. Relación del individuo con la tierra y los elementos naturales en una casa y en un apartamento. (Autoría propia).

Ciertamente esta agrupación de espacios habitables, especialmente las viviendas en vertical, comienzan a desafiar cada vez con más presunción las propias leyes de la naturaleza hasta de un modo provocativo que, paradójicamente, aunque el edificio pueda estar más protegido y seguro tecnológicamente, y procure alcanzar el firmamento, se aleja de la naturaleza, pues ya no reconoce sus ritmos ni sus paisajes, por lo cual ese cielo ahora parece más lejano. A esto es a lo que se llama falta de cosmicidad.

Se puede comprobar en las metrópolis, e incluso en aquellas ciudades que pretenden serlo, cómo se va perdiendo el cielo natural entre las alturas de los edificios y las luces artificiales, los cambios de la naturaleza ya no guían nuestro tiempo, la noche iluminada se vuelve día, el alba o la puesta del Sol ya no marcan nuestros horarios y así nuestro tiempo también se vuelve artificial y va convirtiendo este habitar urbano en un habitar desnaturalizado.

La desacralización del lar

En los cultos privados o domésticos de la antigua Roma se adoraban a los lares, quienes de alguna manera dominaban los asuntos decisivos de cada casa familiar, controlando todos los límites del espacio doméstico y a su vez el urbano, y eran representados por estatuillas que se colocaban en el larario, espacio ubicado en la cocina cuando se trataba de apartamentos (*insulae*³) o en la entrada cuando se trataba de una casa. Con el paso del tiempo y el advenimiento del cristianismo, los lares fueron sustituidos por los santos

³ *Insulae*: agrupación de viviendas en vertical de la antigua Roma.

patrones aceptados por el catolicismo, pero se siguió manteniendo la creencia, y se dice que son el origen de la figura del ángel de la guarda que vela por las familias y sus casas. Sin embargo, más allá de que el lar fuese considerado una divinidad, algunos escritores romanos solían darle el significado de hogar, abarcando inclusive al espacio físico que este ocupaba.

Este ejemplo del sentido divino, religioso y de culto, cargado de valores, costumbres y creencias, esencia del hogar en la casa, se va a ir perdiendo junto con la individualización de los espacios, en la medida en la que la urbanización moderna avanza, se produce el desarraigo con el lugar y la pérdida de importancia de la casa como forma de agrupación comunitaria propia del parentesco, es decir, como forma básica de agrupación de la familia.

Los conjuntos de viviendas en las ciudades actuales, cada vez son más estandarizados y uniformes y se han reducido en algunos casos tanto a su mínima expresión, que no se permiten el lujo de espacios no funcionales, al tiempo que manejan programas institucionalizados que promueven este ciclo.⁴

La espera de la muerte

Luego de todas estas transformaciones a las que ha sobrevivido la ciudad para convertirse en metrópoli, su habitante ha tenido que desprenderse de ciertas costumbres y arraigos, para adaptarse a este nuevo habitar urbano. Luego de internalizar estas nuevas actitudes, este habitante se consigue cómodo con su realidad, que le brinda numerosas comodidades en gran parte gracias a la tecnología, y según Almandoz, lo hace perderse en un materialismo que retrasa cada vez una reflexión interna de su existencia. El manejo del tiempo y su libertad, los entrega y los pone a la disposición de «...una instancia institucional legitimada por el sistema...» (Almandoz, 1993; p. 18), es decir, se sumerge en las actividades cotidianas y en ritmos laborales que aturden y abarcan casi todo su tiempo, sin descanso ni ocio para el pensamiento introspectivo y que sólo reduce su velocidad en los ratos de la cotidianidad doméstica.

Este habitante urbano que ha perdido o renunciado a ciertos aspectos naturales, sociales, e incluso familiares, se compensa con las comodidades tecnológicas adquiridas, con el agravante de ir perdiendo al mismo tiempo su identidad individual, sin remordimiento en algunos casos. Pero si por alguna razón desea alcanzar algo de individualidad, debe recurrir a actos violentos o excéntricos para lograr ser escuchado.

La causa por la cual el hombre de la gran urbe no puede vivir más sobre ese suelo artificial, es que el ritmo cósmico, en su existencia, retrocede al propio tiempo que las tensiones de su vigilia se hacen más peligrosas. (Spengler c. p. Almandoz, 1993; p. 19)

⁴ Las viviendas actualmente mantienen programas institucionalizados, con espacios básicos y reconocibles como la sala, el comedor, la cocina, el lavadero, los dormitorios y los baños. Las variaciones que se producen se dan a partir de estos espacios, sin omitir ninguno de ellos. Y en los programas estandarizados difícilmente se encuentra un lugar fuera de estas funciones o sin función determinada.

Distinciones del asentamiento y residencia de la vida humana

Nos está impuesto el hablar, como a la rana le está impuesto el croar, y nos está impuesto el habitar, como al ave le está impuesto el anidar. (Doberti, 2011; p. 43)

Hasta este momento se ha podido asumir que la vida humana se recoge y se concentra en la intimidad de la casa, donde reconocemos el hogar, y donde sin duda se ha centrado una gran parte de las disertaciones sobre el habitar, aunque claramente no es exclusivo, sin embargo, aclarar las distinciones de los significados adjudicados a ese espacio particular ha sido tema de muchas discusiones, y lo que se pretende en estas líneas es presentar el menú expuesto ante algunas diferencias, marcadas o no.

Algunas diferenciaciones que se hacen entre palabras que describen ese lugar preciado de la vida humana, centro de nuestro alojamiento, del residir y por ende del habitar, se han hecho en función a los significados afectivos o a los niveles de cercanía con nuestras costumbres y actividades cotidianas.

Investigadores del área, establecen ciertas diferencias entre la vivienda, la casa y el hogar. Ricardo Pinilla, en cuanto a las primeras tres definiciones establece diferencias para lo cual la vivienda, está ajustada al espacio físico que nos alberga y resguarda, determinado por los materiales y las dimensiones medibles y reconocibles, con una ubicación específica determinada. En cambio, la casa, es el depositario del lugar donde realizamos nuestras actividades cotidianas, de nuestra privacidad, contenido ciertamente por el espacio físico. Pero cuando se distingue el hogar, se hace a través de una profundización en el sentido más íntimo de estas tres palabras. Hogar se refiere al centro mismo donde vivimos, donde habitamos.

Estos niveles o dimensiones van profundizando y distinguiendo la concepción de nuestro habitar en relación con nuestra existencia, en lo cotidiano y con las cosas que nos rodea, sin embargo, no es de extrañar que, en nuestra complejidad como seres humanos, estas acepciones se invadan unas a otras en nuestro hablar. Según Pinilla, a pesar de estas diferencias planteadas sobre todo en nuestro hablar, es la casa la que en ocasiones se acerca al significado de vivienda y otras veces es más cercano al hogar. A saber que, a modo de resumen, este autor, nos presenta tres niveles o dimensiones del asentamiento y residencia de la vida humana:

- Nivel 1. **Vivienda/Casa:** representa los aspectos técnicos, arquitectónicos y físicos.
- Nivel 2. **Vivienda:** representa los aspectos sociales, económicos y político-jurídicos.
- Nivel 3. **Casa/Hogar:** representa los aspectos culturales, psicológicos, simbólicos y existenciales.

No es de extrañar que la desconexión entre estos niveles cause algunos de los problemas existentes en las ciudades en cuanto a este tema, es así que entendiendo en todo momento la complejidad del asunto, por lo pronto, nos referiremos en las siguientes líneas a la vivienda en ese primer nivel de intimidad, despojado de ciertas representaciones simbólicas para destacar algunos aspectos físicos y técnicos, sin menospreciar en ningún momento los otros niveles.

Vivienda en vertical

Si bien hablar de los inicios de la vivienda y su paso de vivienda unifamiliar y aislada a una vivienda urbana, concebida en conjunto, en masas y de ahí a su hermana más esbelta: la multifamiliar, la preferida de las metrópolis modernas y contemporáneas, sería hacer un largo recorrido que abarcaría mucho más que estas páginas, por lo que nos interesa destacar estas últimas, como aquellas edificaciones características del avance tecnológico de la construcción, de los desafíos técnicos y físicos, y que además contribuyeron a la transformación del habitar, en lo que hoy en día se reconoce como habitar urbano.

La verticalización de la vivienda ha sido un tema tratado desde varios puntos de vista, y se considera una de las preferencias asumidas en las ciudades, para el albergue de una gran cantidad de habitantes en unidades de vivienda agrupadas en masas, por los beneficios que provee, como una mayor densidad de habitantes por metros cuadrados, en ciudades donde la cantidad de terreno urbanizado o urbanizable es escaso, por la concentración de servicios comunes, tanto para el suministro como para su mantenimiento, en donde una gestión colectiva beneficia a los involucrados y por último garantiza un modo de vida urbano.

Desde los *insulae* de la Roma antigua se pueden apreciar la agrupación de unidades mínimas de viviendas para aquellos ciudadanos de bajos recursos que no podían costear una vivienda aislada y propia, y por ende se reunían para vivir y así compartir no sólo los espacios sino los gastos. (Ver figura 2).



Figura 2. Restos de un *insulae* romano ubicado en el yacimiento de Ostia Antica, Italia, construido aproximadamente en el siglo IV a. C. Fuente: <https://sites.google.com/>

La construcción de edificaciones de cierta altura no monolíticas, refugio de la vida cotidiana, ha estado por lógica supeditada a los avances tecnológicos que permitan su sustento estructural básicamente, por lo que no es de extrañar que en la antigüedad existan pocos ejemplos de este tipo de edificación y que hayan estado estancados por un largo tiempo. (Ver figura 3).



Figura 3. Ciudad de Shibam, Yemen. Construida en el año 1532 aproximadamente. Fuente: <https://elpais.com/>

Con la llegada de la Revolución industrial y los avances tecnológicos y científicos que esta generó, las agrupaciones de vivienda se hicieron cada vez más comunes, sobre todo en los centros urbanos que atraían cada vez más habitantes. Las nuevas técnicas constructivas como el uso masivo del concreto armado y el acero estructural y la aparición del ascensor permitieron ir aumentando progresivamente los pisos de los edificios residenciales.

Desde finales del siglo XIX hasta un poco más de la mitad del siglo XX se probaron ideas de agrupaciones de vivienda, desde los fracasados falansterios (ver figura 4), pasando por los planteamientos modernos expresados en edificios como La Unidad Habitacional de Marsella de Le Corbusier (ver figura 5), hasta los excesivos conjuntos residenciales de China. (Ver figura 6).



Figura 4. Vista externa del falansterio en el Condado de Monmouth, Nueva Jersey, EE.UU, construido en 1846. Fuente: <https://www.wikiwand.com/es/Falansterio>



Figura 5. Unidad Habitacional de Marsella. Diseñada por Le Corbusier y construida en 1952 en Sainte-Anne, Francia. Fuente: <https://obras.expansion.mx/>



Figura 6. Bloques de viviendas públicas y privadas en Hong Kong, China. 2016. Fuente: <https://www.reuters.com/>

Posteriores a las guerras mundiales, especialmente Europa se vio en la imperiosa necesidad de construir viviendas masivamente para restaurar sus ciudades y darle albergue a quienes lo habían perdido. Ese fue un detonante del crecimiento de este tipo de edificaciones.

Todo esto ha modificado no sólo la morfología del paisaje sino la forma de conducirnos. Aquellos mortales que estaban tan arraigados a la tierra y que dependían de ella para su supervivencia y su ubicación en el mundo, ahora habían descargado toda la responsabilidad de estos hechos ciudadanos y modernos que los conducían, a elementos artificiales, generando esta nueva modalidad de vida urbana.

Vivir en una ciudad no se iguala a vivir en el campo, vivir en un apartamento no se iguala a vivir en una casa unifamiliar, cambian las relaciones con la tierra, con el cielo, entre los mismos mortales y hasta con los divinos. Sin embargo, la relación íntima entre nosotros y nuestro hogar, puede seguir permaneciendo intacta en la medida que se creen lazos

afectivos con él y lo habitemos, «*Porque la casa es nuestro rincón del mundo. Es –se ha dicho con frecuencia– nuestro primer universo. Es realmente un cosmos.*» (Bachelard, 1957; p. 28)

Cuando se habla de vivir dentro de un apartamento se puede entender que se es parte de un conjunto, una unidad de vivienda más dentro de una serie de ellas, uniformes, estandarizadas, programadas idénticamente (salvo muy pocas experiencias flexibles y adaptables) tanto en sus espacios internos como en los concebidos como espacios comunes. En estos casos más privilegiados en los que se prevé una interacción entre vecinos en estos espacios comunes, sigue prevaleciendo un programa estandarizado de actividades. «*La rigidez de la distribución se agrava con los acabados y las instalaciones, que determinan aún más la manera de usar la vivienda...*» (Llorens y Soldevilla, 1994; p. 5). Habitar estos espacios, está determinado por los límites que se crean entre lo privado, lo común y lo público, nos convertimos en inquilinos o propietarios de una unidad, pero también en vecinos de nuestros contiguos y en una extensión mayor, vecinos de las edificaciones aledañas, y en cada papel que representamos nos conducimos según lo que determinan estos límites.

Existen muchos sistemas de gestión de las viviendas multifamiliares, lo que permite no sólo un acuerdo entre los asuntos comunes, sino llevar la vida cotidiana comunitaria y por ende una vida privada dentro de cada vivienda. Estos sistemas de gestión influyen en la concepción que tienen los habitantes de los distintos espacios, qué es comunitario, qué es propiedad privada, qué es público, así como también en la fortaleza del vínculo que puedan desarrollar con la comunidad y con todos sus espacios. Muchos conflictos se producen por la falta de consenso que pueda existir en estos conceptos dentro de la comunidad.

Dentro del habitar urbano pueden haber diversos submodos de habitar, dependiendo de las relaciones que se formen con el entorno, con nosotros mismos y con las concepciones de nuestras realidades y de nuestro imaginario, y esto se hace imperativo como insumo para la planificación, diseño, construcción y mantenimiento de viviendas, acciones que no solamente recaen sobre el arquitecto, quien es, sin duda, un eslabón importante para poner en marcha esa transformación interpretativa del mundo de lo imaginado al mundo físico, materializando el espacio.

El usuario, el sujeto, el habitante, el ser es esencial en la arquitectura, pero este a veces puede ser real o imaginario y sin embargo le ajustamos un modo de habitar, que bien puede representar todas sus necesidades, deseos y anhelos o pudiera ser una representación de la interpretación del arquitecto, en donde juegan otros aspectos. Sin entrar en detalles de la práctica proyectista, se suelen simplificar y traspasar esos modos de habitar para convertirlos en un proyecto, luego en la obra construida y finalmente en un espacio habitado, con el anhelo que se convierta en lugar.

A modo de cierre parcial

En las líneas que preceden este cierre, observamos cómo el habitar, partiendo desde los planteamientos de Heidegger, está conectado con el construir a través del pensar, y su idea de Cuaternidad nos ha dado una guía en cómo se puede habitar relacionando sus cuatro elementos: los mortales, la tierra, el cielo y los divinos.

Con la llegada de la modernidad y el cambio de las ciudades, llega también un nuevo habitar relacionado con todos esos cambios, que se adapta a la nueva realidad general y

realidades particulares de cada lugar y sobre todo de cada individuo. Este nuevo habitante de las ciudades se convierte en ciudadano, un ser cada vez más cómodo con los avances tecnológicos y los ambientes artificiales, menos dependiente de los elementos de la naturaleza.

El avance tecnológico ha ido marcando un ritmo acelerado de cambios, en el mundo y especialmente en las ciudades, modificando en muchos casos nuestras propias percepciones, como por ejemplo en el manejo del tiempo. Particularmente el ciudadano, lleva una vida acelerada llevada por un tiempo fabricado que pareciera avanzar más rápido cada vez, muchas veces agobiante y que acelera también la forma en la que se mueve y esta movilidad condiciona una nueva forma de relacionarse con el espacio.

Este ciudadano cada vez más despegado de los elementos naturales, muestra una tendencia hacia el desarraigo con la tierra y eso se traduce en un desarraigo con sus espacios, bien sea con su casa o con la ciudad. Se consiguen con frecuencia, personas que, al no poseer una vivienda propia, pasan toda su vida o gran parte de ella, cambiando de alojamientos o en la condición de inquilinos, sin crear lazos afectivos o arraigo con dichos espacios. Esta condición de propiedad o no de la vivienda es un factor muchas veces determinante para generar estos vínculos o conexiones, pero que tal vez es simplemente otro submodo del habitar urbano.

Por otra parte, la *desindividualización* que imponen las metrópolis a sus habitantes y a sus edificios se traduce en una estandarización de todas las formas, acentuado por la globalización; el ciudadano se ha convertido en uno solo, en su vestir, en sus gustos, en sus tendencias y preferencias, su estilo de vida ya es una forma de habitar, y eso trasciende a sus espacios. Sin embargo, Habraken nos advierte que «*No hay razón para suponer que el deseo que tienen las personas de intimidad, autoidentificación, control espacial y, sobre todo, de un asentamiento entendido como un acto personal haya disminuido en un solo siglo. Al revés: el énfasis universal contemporáneo en la libertad y la identidad personales indica lo contrario.*» (N. John Habraken c. p. Montaner, 2015; p. 10) lo que podría significar que en algún punto profundo del ciudadano, aún permanece la lucha por su individualidad.

Es así que en lo anteriormente expuesto no se busca un juicio para señalar un modo de habitar sobre otro, máxime cuando se han esbozado algunas miradas para uno en particular: el habitar urbano; sino exponer la necesidad de reflexión en estos asuntos y que la relación sea más acorde entre los habitantes y sus entornos o lo que podemos llamar habitar.

Referencias

Almandoz, A. (1993). El habitar urbano. Visión desde la primera sociología alemana. Revista Argos, . 17, abril de 1993, pp. 7-22. Caracas: Universidad Simón Bolívar.

Anders, V. (7 de abril de 2020). Diccionario etimológico en línea. Obtenido de:

<http://www.dechile.net/>

Bachelard, G. (1957). La poética del espacio. Traducción: Ernestina de Champourcin. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica. 2000, 1ª edición bajo la norma Acervo (FCE Argentina), 4ª reimpresión.

Bourdieu, P. (1979). La distinción. Criterios y bases sociales del gusto. Traducción: M. Ruiz de Elvira. DF, Mexico: Taurus. 2002.

Doberti, R. (2011). Habitar. Buenos Aires: Nobuko.

Heidegger, M. (1951). Construir, habitar, pensar. En Conferencias y artículos. Traducción: Eustaquio Barjau.. Barcelona, España: Ediciones del Serbal. 1994, pp. 127-142.

Llorens, J., y Soldevilla, A. (1994). Alternativas tipológicas a la vivienda convencional. Revista: Informes de la Construcción; v. 46, n. 434, pp. 5-25. Madrid: Instituto de Ciencias de la Construcción Eduardo Torroja, Editorial CSIC. Recuperado a través de:

<http://informesdelaconstruccion.revistas.csic.es/index.php/informesdelaconstruccion/article/view/1105>

Montaner, J. (2015). La arquitectura de la vivienda colectiva. Políticas y proyectos en la ciudad contemporánea. Barcelona: Editorial Reverté.

Pinilla, R. (2005). Vivienda, casa, hogar: Las contribuciones de la filosofía al problema del habitar. Revista Documentación social, n.138, pp. 13-40. Madrid: Cáritas Española Editores. Recuperado a través de:

<https://www.caritas.es/producto/vivienda-y-alojamiento/>

Sarquis, J. (Ed.). (2006). Arquitectura y modos de habitar. Buenos Aires: Nobuko.

Agradecimientos

Este trabajo se presentó como un avance parcial de un aspecto de la tesis doctoral de la arquitecta Beverly Hernández, desarrollada actualmente en el Doctorado de Arquitectura de la Facultad de Arquitectura y Urbanismo de la Universidad Central de Venezuela y tutelada por la Profa. Alejandra González.

Reseñas curriculares

Beverly Hernández

Arquitecto. Especialista en Desarrollo Tecnológico de la Construcción. Cursante del Doctorado en Arquitectura. Docente e investigadora Agregada del Instituto de Desarrollo Experimental de la Construcción (IDEC) de la FAU UCV.

Alejandra González

Arquitecto. Doctora en Arquitectura. *Magister Scientiarum* en Desarrollo Tecnológico de la Construcción. Docente e investigadora Titular del Instituto de Desarrollo Experimental de la Construcción (IDEC) de la FAU UCV.